

rios a la asociación». La Ley de Bases de 20 de julio de 1963 y el texto articulado de 7 de febrero de 1964 no abordan el tema, y posteriormente ya queda citado cómo ni la Ley de Asociaciones ni la Ley Sindical permiten la sindicación. En diversos momentos de este proceso se aseguró oficialmente el dictamen de «normas especiales» que afrontaran el problema. Al no hacerse ello realidad, se llega a la situación actual, a esa «necesidad urgente» del funcionariado que se mencionaba al comienzo. «Los funcionarios tienen derecho a constituir asociaciones profesionales, pero el ejercicio de tal derecho está obstruido desde hace diez años, al no haberse promulgado las disposiciones pertinentes», recalcará Parada Vázquez.

¿Cuáles serían las ventajas de poder llevar a cabo tal asociacionismo? El catedrático de La Laguna estima dos como esenciales: 1) La defensa de los intereses de los funcionarios en todos los sentidos, que a la hora —por ejemplo— de adoptar decisiones que les afecten su voz sea oída; 2) La posibilidad de tener representación política en Cortes, hoy sólo existente, como ya se apuntó para los Notarios y Registradores de la Propiedad. Una vez que actualmente los funcionarios no poseen tal representación, de hecho se hallan discriminados respecto a los demás trabajadores por cuenta ajena. Parada Vázquez dijo mostrar confianza en el proclamado «aperturismo» del actual Gobierno español, esperando que ponga en práctica la normativa necesaria para que se desarrolle sin obstáculos el asociacionismo funcional, con lo que se superaría el retroceso político que —cara a esta cuestión— se produjo en 1964 al dictaminarse la Ley de Asociaciones.

No hubo coloquio tras la conferencia, por lo que fue imposible recoger en público la opinión de los asistentes. Haciendo una pequeña encuesta con varios de ellos, después de repasar textos de la revista «Pragma» —editada por la Asociación Española de Administración Pública, también organizadora de las Jornadas—, era perceptible la opinión de que Parada se había detenido a la puerta de la verdadera reivindicación planteada por diversos núcleos: la creación de un Sindicato único de funcionarios, que englobe conjuntamente a las asociaciones hoy existentes y a otras que se pudieran establecer. Terminarían así los privilegios actuales de muchos Cuerpos con respecto a otros, situándolos a todos en un plano de igualdad desde el que poder dialogar con la Administración que los emplea. La resistencia desde el interior por parte de dichos Cuerpos privilegiados y los condicionamientos políticos nacionales fácilmente adivinables, parecen ser amarras más que serias para que este Sindicato único nazca algún día. ■ FERNANDO LARA.

FRANCFORT

Lo importante es no hacer el ridículo

A la vista de cómo se desarrolló el partido de Francfort entre España y Yugoslavia, pierde sentido la tradicional opción deportiva entre el ganar o el competir. Lo importante, está visto, es no hacer el ridículo. Y está visto porque pocas veces una selección española ha hecho el ridículo como la que perdió el partido de Francfort por 1 a 0.

El ridículo es el resultado de una desproporción entre lo que se presume y lo que es evidente. Desde hace cuatro años, la afición deportiva del país ha vivido pendiente de los «Kubala Boys» y les había concedido un amplio margen de confianza, a pesar de que ya habían hecho la gatada previa de no clasificarse para la final de la Copa de Europa de 1972. En los cuatro años de dirección kubalística, la selección ha llegado a tener importantes victorias y un buen nivel de juego, pero ha fallado cada vez que llegó la hora de la verdad. Entre otras cosas, porque horas de la verdad sólo ha habido dos: la clasificación para la semifinal de la Copa de Europa y la del Campeonato del Mundo.

Desde la clasificación para el Campeonato del Mundo de 1966, España ha bajado en picado en el «hit parade» futbolístico internacional. Ha coincidido la crisis de su fútbol de club con la crisis de su fútbol de selección. Kubala trató en 1970 de crear un equipo que en 1974 combinara un cierto grado de veteranía técnica con una garantizada juventud física, de ahí su fidelidad por un equipo-base conformado por Iribar, Sol, Gallego, Clarumunt, Pirri, Amancio, Gárate, Valdez y Asensi. Estos han sido los internacionales «kubalinos» más

constantes, espléndidamente pagados por sus servicios nacionales para que tuvieran el mismo espíritu competitivo que el manifestado cuando juegan dentro del club.

A la hora de la verdad, estos jugadores han respondido peor que los internacionales-funcionarios de los países socialistas. Tanto en la Copa de Europa de 1972 como en la del Mundo de 1974, dos equipos de «jugadores-funcionarios», el de la URSS y el de Yugoslavia, han batido a un equipo español lleno de millonarios. Los técnicos aportan una serie de factores objetivos:

1.ª La superior condición atlética de los jugadores extranjeros, educados físicamente desde la infancia.

2.ª La mayor cantidad de practicantes del fútbol en el extranjero, de la que se sublima una mayor calidad.

Frente a estos factores, en España se cultiva a la figura individual, pero no se ha hecho nada para alterar en lo fundamental la carencia de un «deporte de masas». Se prefiere al espectador alienado y a la figura glorificada que al ciudadano practicante del deporte. Se dictan normas para oficializar el deporte en todos los grados de la enseñanza, y luego el deporte es impracticable por falta de espacio y tiempo escolar adecuado. Tal vez si en un futuro no muy lejano se clarifica el panorama civil español, los políticos sustituyan a los futbolistas en su papel de faquires de masas, y con ello ganarán sin duda alguna el deportista y el público.

Pero, hoy por hoy, el panorama no es mejor que el que afrontó Kubala en 1970. No despuntan figuras con más empuje que las que han constituido la base de la selección

eliminada y además ahora los jugadores extranjeros van a dictar su ley y condicionar los equipos españoles a su medida. Es decir, en el Barcelona o en el Madrid progresarán aquellos jugadores cuyo estilo o posibilidades de adaptación se coordine con las necesidades de la estrella extranjera para lograr su máximo rendimiento. Si el Madrid quiere sacar partido a Netzer tendrá que montar «el Madrid de Netzer» y el Barcelona está haciendo lo mismo con respecto a Cruyff. Como este monopolio se ejerce en un país donde la especulación del suelo se ha convertido en un delito histórico alucinante, que no deja ni un mal solar para que los chicos le den a la pelota, el panorama futuro va a tener un acentuado tono negro que superará el color cachumbo de los hechos de Francfort.

Una vez más se ha evidenciado que el problema del deporte español en general y el del fútbol en particular es un problema de déficit infraestructural. Pero como el deporte tiene entre nosotros una acusada rentabilidad política inmediata, lo que nuestros programadores buscan son resultados bálsamo inmediatos, no planear una política austera de cara al futuro y que implique una auténtica promoción deportiva colectiva que diera lugar a un salto cualitativo determinante.

Podrá discutirse a Kubala que dejara en España a Gallego y Pirri o que no cambiara a tiempo a Clarumunt y Valdez por Marcial y Quiñi, pero el problema no está ahí. El problema radica en la organización misma del deporte español y, si me apuran, en la organización misma de la relación entre poder y pueblo en este país de todos los demonios.

■ LUIS DAVILA.

